

ADRIAN L. BRUGERA.

VICENTE GUTIÉRREZ MUÑIZ.

LAS
CUEVAS HISTÓRICAS

DE

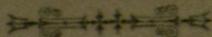
ALCALA LA VIEJA,

LEYENDA.

CON UN PROLOGO DE DON J. J. DE LECANDA

y

un epilogo de D. José Fernández.



.(c)

-36

7)

ALCALA DE HENARES.

IMP. DE F. GARCIA CARBALLO

1889.

ADRIA

CU

ual y

ez y

F.A. (C)

860-36

LOP

(1887)

BUAH



RECEIVED

FA.

860-36

LDP

(1887)

LAS CUEVAS HISTÓRICAS

DE

ALCALA LA VIEJA.

UNIVERSIDAD DE ALCALA



5902429302

X59083043X

LAZ
CUEVAS HISTORICAS

ALCALA LA VILLA

CUEVAS HISTORICAS

ALCALA LA VILLA

CUEVAS HISTORICAS

LAS
CUEVAS HISTÓRICAS

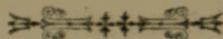
DE
ALCALA LA VIEJA,

LEYENDA.

CON UN PROLOGO DE DON J. J. DE LECANDA

Y

un epílogo de D. José Fernández.



ALCALA DE HENARES.
IMP. DE F. GARCIA CABELLO,

1889.

R-4

*A su distinguido amigo D. Lucas
del Campo y Fernández, dedican este
modesto trabajo como débil prueba del
caríño que le profesan.*

LOS AUTORES.

RECORD

PRÓLOGO.

Los grandes hechos pasan á la posteridad, y, llevados en alas de la fama, llenan el mundo; los grandes hombres, por el camino del heroismo, suben «de la inmortalidad al alto asiento.»

El vencedor del gigante anónimo de Alcalá la Vieja se ha conquistado su puesto de gloria al lado del vencedor de Austerlitz y Jena, del Caballero de la Triste figura, del Cid Campeador, de Amadis de Gaula y de Bayardo, el caballero *sin miedo y sin tacha*.

Su victoria se marca, como con hierro candente, en los anales de los gigantes vencidos y de los libertadores de damas encantadas. Espejo de Caballeros y modelo de héroes, mientras la posteridad no le haga justicia esculpiendo su nombre en mármoles y bronces, sus amigos dan á la imprenta el relato fiel de la descomunal aventura, contada por el mismo *felice triunfador y brave général*.

De esta suerte; en una hoja impresa; podrían guardar los archivos y bibliotecas del mundo todo é islas adyacentes memoria de la singular aventura y..... *That is the question*: (lo que hace al caso) los que en amable unión y compañía fuimos de día de campo, el nueve de Octubre del año 1889, á Alcalá la Vieja, tendremos algo que nos recuerda una reunión gratísima de amigos queridísimos.

La toma de Troya tuvo su cantor, Homero; Tasso cantó La Jerusalem Libertada; Gutierrez canta la descomunal aventura en que el Sr. Bruguera derrota al gigante de Alcalá la Vieja en campal pelea.

¡Cosi va il mondo!

Loor eterno al vencedor, que lo mismo derriba *follo-
nes y malandrines* encantadores, que canta trovas an-
sas y divertidos romances.

J. J. DE ECANDA.

Alcalá de Henares Octubre de 1889.



LAS CUEVAS HISTÓRICAS

DE

ALCALÁ LA VIEJA.

I.

Era un mes otoñal; allá en la cumbre
Del Cielo, el Sol brillante aparecía,
Y derramando su encendida lumbre,
Lago de fuego Henares se fingía:
Nubes de terciopelo que el vislumbre
Perfila de oro y plata y pedrería;
Del Sol siguiendo el magestuoso paso
Fingen mágica gruta en el ocaso.

Todo respira calma; en la espesura,
Revolando las aves y trinando
Himnos de amor, de gloria y de ventura
El amoroso nido van buscando:
Voluptuoso aroma al aura pura
Van entreabiertas: rosas derramando;
Y arrulla el río en blanda melodía
Cantos de gloria, recuerdos de aquél día.

Del Ecce-Homo en la cumbre que socaba
El río que le besa y humedece,
Riñese lucha gigantesca y brava
Que el ánimo suspende y estremece:
Gigante colosal su vida acaba
A manos de doncél, que se adormece
Al afán de luchar, y con su gloria
Iluminar los libros de la historia.

Retumba el monte al golpe repetido
Sobre las armas, de la hendiente espada,
Y és de la lucha premio prometido
Linda Princesa, niña aprisionada.
Duro el combate y empeñado ha sido,
Mas libre ya de la prisión la entrada,
Vése salir preciosa criatura
Que prodijio es de encantos y hermosura.

Pura y triste aparece cual la rosa
Que en el desierto bosque en la espesura
Brotó, donde del sol la luz preciosa,
No acarició jamás la frente pura:
Pasó la matizada mariposa
Sin pararse en su caliz de hermosura,
Pasó el viajero y su hermosura huella
Indiferente, sin pensar en ella.

¿Qué le vale el dulcísimo perfume
Que de su caliz virginal exhala?
¿Qué vale la veldad de que presume
Y que ninguna flor del bosque iguaba?
En ignorada cueva se consume,
Su aroma espira y ájase su gala,
Y en sus hermosas hejas ni aun la aurora
Deja una de las lágrimas que llora.

Y es un alma de fuego la que alienta,
Que fué su cuna el árido desierto
Y adormeci6 su infancia la tormenta
Y de batidos cedros el concierto:
Presa por encanto, aún alimenta
De la pasada edad recuerdo cierto,
Como el preso le6n que no se olvida
De su preciosa libertad perdida.

Y aún ruge alguna vez, y su cadena
Hace crujir con ímpetu iracundo;
Aún ¡ay de aquel que le procure pena!
Puede á sus pies postrarle moribundo:
La calma en que se vé su fáz serena,
Es la calma no mas del mar profundo;
Que puede convertirse en un momento
En ronca furia, en temporal violento.

Mas ¡Ay! por el encanto aprisionada,
Llora la hermosa la impiedad del cielo,
Llora la flor que recia marejada
Arrebat6, hacia el mar del desconsuelo:
Así al doncél que con su fuerte espada,
La bella libr6 de tanto duelo;
Recibámosle aquí con cantos de victoria
Y oigamos del combate fiel la historia.

II.

La corriente caudalosa
Dominando, del Henares,
Cual señor de sus lugares
Pardusco cerro reposa.
Su inmensa mole terrosa

Parece al primer momento
Que tiene el audaz intento
De aquella Babel gigante
Que pretendia arrogante
Escalar el firmamento.

En su falda se levanta
Desmantelado Castillo
Hecho de piedra y ladrillo
Y tan minado en su planta,
Que en equilibrio se aguanta
Apenas sábase como,
Y sobre el vértice romo
En el cerro hubo una ermita,
Por cuya imagen bendita
Se le llama el «Ecce-Homo»

Sobre su altísima cumbre
Existe profunda cueva
Y auténtico escrito prueba
Con visos de certidumbre,
Que escondido en su techumbre
Por un antiguo rey moro,
Hay un inmenso tesoro,
Que nadie ha podido ver
De joyas de gran valer
De diamantes, perlas y oro.

Y cuenta la tradición
Que también hay una mesa
Con cada rubí y turquesa
Que valen más de un millón:
El sabio rey Salomón
Para él la mandó tallar
Y se la supo robar
Aquél moro con tal maña

Que escapó con ella á España
Y allí la vino á ocultar.

Tambien dice que, encantada
Por un nigromante cruel
La hija del moro aquél
En la cueva está encerrada,
Y su custodia encargada
A tan bárbaro gigante,
Que no hay nadie que delante
A ponérsele se atreva,
Ni se acerque hácia la cueva
Ni á quien su aspecto no espante.

Y que es tanta la belleza
De la encantada hermosura,
Que no hay viva criatura
Que le iguale en gentileza;
Resaltando la nobleza
De su aspecto, larga falda
De color azul y gualda,
Y el primoroso peinado
En dos trenzas sujetado
Por una gruesa esmeralda.

Aquél que la desencante,
Según dice el pergamino,
Y la destreza y el tino,
Y el valor tenga bastante
Para matar al gigante,
Será de su hazafia presa
La Salomónica mesa
Con todo el rico tesoro
De diamantes, perlas y oro,
Y el amor de la princesa.

Con semejante intención,
Todo cubierto de hierro,
Pretendí escalar el cerro;
Y la penosa ascensión
Emprendí con precaución;
Mas rendido y fatigado
Rodé una vez despeñado
Estando casi en la cima
Y en la boca de una sima
Quedé á una rama agarrado.

Ya, por fin de mi trabajo
Logré dar por un atajo
En la cumbre inaccesible,
Y admirar me fué posible
El llano estendido abajo,
Y por el cual se dilata
Como serpiente de plata
Que huye en loco desvarío
La clara linfa del río
Saltando de mata en mata.

Una vez llegado allí
Hidalgos!—dije á mi gente—
El gigante esta allí enfrente,
Ya le veo desde aquí;
Rogad al cielo por mí
Si caigo en el trance fiero;
Y desnudando mi acero
Embestí contra el gigante
Que me esperaba arrogante
Y en ademan altanero.

Con su cuerpo colosal
La obscura cueva cerraba,
Su brazo derecho armaba

Espada descomunal.
Y era su cólera tal
Que á un golpe que yo le dí,
Con tan rudo frenesi
Me contestó con un tajo,
Que me abre de arriba á bajo
Si á dar llega sobre mí.

Rugia el mónstruo iracundo
Dando fuertes resoplidos;
Y tremendos alaridos
Que por el antro profundo,
Cual si hecho trizas el mundo
A encontrar fuera allí tumba.
Repite el eco que zumba,
Y al chocar hierro con hierro,
Con siniestro son el cerro
Repercutiendo retumba..

Mas su furia no me espanta,
Y aprovechando un desliz,
Tuve el acierto feliz
De pasarle la garganta.
Cae al suelo, se levanta,
Coje un pedazo de escombros;
Y le veo con asombro,
Ya en las ansias de la muerte,
Un golpe darne tan fuerte
Que casi me aplasta un hombro.

Vuelvo á luchar al instante,
Sintiendo dolor cruel,
Y cerrando contra él
Hiende mi acero tajante
La cabeza del gigante,
Espantado mira al cielo;

Empaña su faz un velo
De sangre, que á mares corre,
Y cae como una torre
Haciendo temblar el suelo.

Muerto lo teneis allí,
Libre está ya la princesa
Y rescatada la mesa;
Yo como bueno cumplí.
El premio es, púes, para mí,
Mas.....solo quiero la gloria
Del laurel de la victoria,
Los diamantes, perlas y oro
Repartios del tesoro
Y aquí se acabó la historia

III.

¡Loór á tí, glorioso Caballero!
Alza arrogante la atrevida frente,
Que admirados nos deja el trance fiero
Que acredita tu fama de valiente:
Esclava la fortuna de tu acero
Te lleva de la mano complaciente;
Y á caso tu valor aspire un día
A ser la gloria de la patria mía.

Y si alcanzaste nombre de esforzado
En lucha desigual con el gigante,
No marchite tu honor puro y radiante,
La falacia y mentira del malvado:
Que envidia siente del valor triunfante,
Quien no se empeña en lucha denodado;
Y de gloria y honor el noble alarde
Él desconoce mísero y cobarde.

En alas tu relato de la fama,
El mundo sepa tu inmortal victoria
Y Cómpluto orgullosa que se inflama
Viendo á sus hijos fatigar la historia,
Por cuanto el Astro Rey su lúz derrama
Himnos alzando en tu alabanza y gloria;
De siglo en siglo esparcirá tu nombre
De modo tal que al Universo asombre.

VICENTE GUTIERREZ MUÑIZ.

ADRIAN LÓPEZ BRUGUERA.





[The text in this section is extremely faint and illegible.]

EPILOGO.

Tal vez estrañará al lector de esta inspirada leyenda, no saber las causas que la han motivado, y para satisfacer su curiosidad voy á permitirme indicárlas.

Hacia ya mucho tiempo se comentaba entre las personas amantes de las glorias de España y en particular de las de Compluto, que en el sitio denominado Alcalá la Vieja existía una cueva llamada por la tradición «de los gigantes» (citada por el padre Mariana en su Historia de España.) Contábanse de dicha cueva infinidad de cosas, capaces de escitar la curiosidad no ya de las personas que aspiran siempre á aumentar su caudal científico, sino hasta el vulgo indocto, de oír las leyendas que de dicha cueva se refieren, se veían atraídos hacia ella y deseaban penetrar en su interior.

La idea de una exploración detenida, iba tomando cuerpo, hasta que el día 9 de Octubre, reunidos en la posesión titulada «La Isla» representación de casi todos los ramos del saber humano, se prepararon para efectuar su ya discutido pensamiento.

Veíanse entre los expedicionarios al venerable Padre D. Juan J. de Lecanda, modelo de sacerdotes, que ha sabido unir á su virtud, una ilustración superior y un trato afable y cariñoso como pocos; al Sr. D. Juan Catalina ilustrado profesor de la Escuela Diplomática; á D. Ignacio M. Es-

peranza, paladin esforzado de las glorias complutenses D. Baldomero Gullón, Fiscal ilustrado terror de los que violan las leyes; los ilustres representantes de las Bellas Artes, Sres. D. Manuel Laredo y D. Carlos Pintado; El ilustrado literato y distinguido Jefe de caballeria D. José de la Guardia; el no menos entendido Capitan de Artilleria D. Antonio Manuel Bravo y el modesto pero bravo en la pelea como sentimental en sus bellisimas composiciones poéticas, Teniente de Infanteria D. Vicente Gutierrez; el elocuente abogado D. José Cútoli, con sus dicciones arrebatadoras; el laborioso autor de la Demografia Complutense y concienzudo Médico D. Aniceto Eznarriaga; el simpático y entendido Médico D. Francisco Coll; el aventajado Profesor de Medicina, hijo que honra con sus conocimientos á Compluto que le vió nacer, D. Máximo de Francisco; el cachazudo, modesto, pero profundo en las ciencias, principalmente en las fisico-naturales D. Santiago Cifuentes; el buen hijo por excelencia, descubridor de las tradiciones y glorias de la Ciudad de Alcalá, Don Ramón Santa Maria; el gentil Bruguera, sábio con los sábios, poeta con los poetas y cuya amistad es tan sabrosa está su conversación tan sembrada de cuentos y anécdotas, que es buscada con efusión por cuantos tienen la dicha de tratarle; el laborioso é inteligente farmacéutico de esta localidad D. Francisco Gil; el insigne D. Lucas del Campo, afable y cariñoso como ninguno, amante entusiasta de las ciencias, las letras y las artes, á cuya afición platónica, dedica la mejor parte de su fortuna, constituyen lo una verdadera monomanía, tal es el afecto que profesa al saber humano; y el humilde autor de estas mal pergeñadas líneas, que se honra sobremanera con la cariñosa amistad de tan ilustrados amigos.

En la falda occidental del cerro denominado el Ecce-Homo; se abre la tierra de una manera irregular, por cuya abertura penetraron los expedicionarios, provistos de hachas de viento, faroles, cuerdas y de un guía que según aseguraba, habia ya descendido al obscuro ántro. pero que no debia haber penetrado mucho, en razón á que muy

pronto ignoraba donde estábamos y qué dirección seguíamos; para escudriñar hasta el último compartimiento, á pesar de los obstáculos que nos presentaban los numerosos y recientes hundimientos y con el alegre «Adelante» de los animosos exploradores, llegamos hasta su fin ó mejor dicho hasta que no encontramos sitio alguno que indicara continuación de aquella inmensidad subterránea.

Hora y media se tardó en recorrer la tan renombrada cueva de los gigantes; la cual presenta una forma caprichosa y accidental, determinando una serie de galerías que al parecer no obedecen á plan alguno conocido; la bóveda y paredes están formadas por masas arcillosas muy ricas en variedades de yeso fibroso y hojoso, encontrándose muy bonitos ejemplares de sielenita; dichas galerías, están sostenidas por columnas que intencionadamente fueron dejadas al practicar las escavaciones, para sostener tan inmensa techumbre.

Ahora bien, ¿que resultados prácticos pueden deducirse de su reconocimiento? No faltaba quien suponía, que la cueva era resultado de escavaciones practicadas con el fin de extraer tierras ó yeso; otros que debieron constituir en tiempo de los árabes, habitaciones subterráneas, siendo esta última opinión la que contaba mas prosélitos, teniendo en cuenta el carácter guerrero que distingue aquélla época en que el pueblo avasallador tenia que procurarse á toda costa medidas que impidieran los inauditos esfuerzos de los adalides de la reconquista.

Como esta opinión está de acuerdo con los datos que del asunto dá el padre Mariana en su historia, la mayoría le prestaba asentimiento, fundándose tambien en que la arcilla para la cerámica, la podian encontrar en la superficie, como igualmente el yeso, y nó se comprende la necesidad de escavaciones tan profundas. Débese tambien perder la versión tradicional, de que esta cueva sea entrada de un camino subterráneo que llegue hasta Guadalupe, en razón á que siguiendo siempre la derecha de las galerías, sin dar nunca la espalda se vuelve al sitio de partida y al mismo tiempo por que lo impediría la natura-

leza del terreno por donde tenia que pasar el camino subterráneo que supone la tradición.

Ya se vé por este breve relato, que solo el amor á la ciencia, reunió tan numeroso concurso y que al descender al ántro donde se alojaba la encantada Princesa y el descomunál gigante, no iban en busca de tesoro como el avaro, ni tampoco los llevaba la colicia de encontrar en su interior ricas venas de preciosos metales, ni querian arrancar mármoles ni jásperes que hubieran de servir para erigir suntuosos palacios á los que se creen formados de otro barro: querian saber que era esa cueva, cual fué el motivo de su construcción, de qué época data y cual fué su objeto; para de este modo satisfacer su curiosidad científica, y con este motivo, estrechar mas y más los lazos de amistad entre los concurrentes á tan modesta quanto agradable expedición.

JOSE FERNANDEZ.

Alcalá de Henares, Octubre 1889.



SE HAN PUBLICADO,



LEYENDAS COMPLUTENSES



El Castillo de Alcalá, por D. Adrian L. Bruguera.

Las Cortes en Alcalá, por D. Pedro Bruyel.

La Muerte de Don Juan I en Alcalá, por D. Eduardo Pascual y Cuellar.

Las Cuevas históricas de Alcalá la Vieja, por D. Vicente Gutiérrez y D. Adrian López Bruguera.

